

concurrida á una infamia tan grande..... ¿Será posible que no seamos más cuidadosos de nuestras glorias? ¿Será posible que no elevemos todavía monumentos á nuestros héroes, á nuestros navegantes, á los sabios de todos tiempos que han ilustrado nuestro nombre, á los artistas, á los poetas, á los oradores á quienes debemos la gran resonancia de nuestra lengua por todos los ámbitos de la tierra? Si los reyes absolutos han sido ingratos, que no lo sean los pueblos emancipados. Y donde quiera haya brillado un genio, que exista una señal de agradecimiento y una sombra de recuerdo. La corona de sus genios rodea con el etéreo limbo de la inmortalidad las sienas de los pueblos. Solamente la pobre Ofelia, loca, puede pisotear su corona, esmaltada de rocío, en la hora del suicidio.

II.

Tasso no consagró á Sorrento los versos á que tenía derecho su hermosura, y Sorrento ha consagrado á Tasso la estatua á que tenía derecho su gloria. *La Jerusalem Libertada* es uno de los monumentos más grandiosos de la lengua italiana. Y en Italia frecuentemente os encontráis con

personas que guardan religioso culto á un poeta y que le dedican toda su existencia. Prosa, verso, biografías, comentarios, cátedras, parécenles poco para su genio favorito. Y cuando no escriben oficialmente, hablan á todo el mundo del único asunto de su vida. Con uno de estos monomaniacos topé yo en mi último viaje á Sorrento; con uno á quien le habia dado la manía por el Tasso. No me dejaba ni á sol ni sombra, porque yo suelo tener una virtud rarísima, la virtud de escuchar. Contábame minuciosidades innumerables recogidas en libros y manuscritos indecibles sobre la vida de su héroe. Cierta frances, que viajaba por entónces y que tenía la nostalgia del café de Madrid y del boulevard de Montmartre, se indignaba contra aquel delirio por un poeta en cuya lectura sólo habia experimentado el dulce efecto de dulcísimo sueño. Aquí de nuestro loco; larga, larguísima disertacion acerca del Tasso y los franceses. Veintiseis años tenía cuando salió de Italia para Francia en la espléndida comitiva del cardenal Luis de Este, hijo de Hércules, Duque de Ferrara; exclamaba el infatigable comentador. La altísima intercesion de dos princesas fué necesaria para que el Cardenal admitiera en su servicio á quien él debia haber servido de rodillas como á un Dios de la poesía. El príncipe de la Iglesia, que iba á fomentar en la córte de Carlos IX la

fe católica contra la propaganda protestante, llevaba ochocientos criados, y entre ellos al poeta, á quien dió un cubierto en su mesa. Reclamó el Tasso algo más, y su protector convirtió la ración en soldada; pero estimándola á tan bajo precio, que apénas tenía el infeliz escritor con que satisfacer su hambre. Los cardenales de aquel tiempo eran más parecidos á príncipes de Asia que á discípulos de Cristo. El de Este, bastante avaro para regalar sólo con las migajas de su mesa al genio, cuyos versos debían regalar á la régia familia de Ferrara con el maná de la inmortalidad, donaba al criminal Carlos IX, segun Muratorinus refiere, cuarenta caballos, todos con arneses riquísimos, sillas y mantas recamadas de pedrería, conducidos por cuarenta palafreneros cubiertos de seda y oro á la oriental usanza. Y estoy cierto de que el último parásito privaria en la córte de Ferrara más que el primer poeta de su tiempo. Entónces las cortesanas tenían sepulcros magníficos en las grandes iglesias, con epitafios compuestos por los primeros latinistas de la córte pontificia, como el elegantísimo consagrado á Imperia, mujer de tantas riquezas, todas alcanzadas por su hermosura, que cierto embajador admitido en su casa, no supo donde escupir, temeroso de manchar algun objeto de precio, y escupió en la cara de uno de los criados. Y miéntras tanto, el

gran poeta se moria de hambre. Su pobreza era tal, que empeñó, para acompañar á su protector, en veinticinco libras várias cubiertas de cama, cortinas y tapices, restos del ajuar legado por su padre.

En su viaje á Francia, le parecieron uniformes las campiñas de Normandía; incómodas las viviendas, todas de madera; grandes las iglesias; admirables los vidrios de colores; inconstante el clima, que pasaba en solo un dia de Abril á Enero; indóciles é inquietas las gentes; adorable la reina Catalina de Médicis; gran poeta el rey Carlos IX; extrañas aquella Margarita de Navarra y aquella Princesa de Nevers, que llevaban en sus carrozas las cabezas de sus amantes tronchadas por la cuchilla del verdugo; bellas de color y finas de facciones las francesas; bajos de estatura los franceses; raquíticos los nobles y de escasas pantorillas, aunque muy guerreros; plebeyas las letras y las ciencias, segun las castas que sabian cultivarlas; soberbios los caballos y frecuentes los torneos; incomparables los vinos, muy buenos para las sanas digestiones; flojos los parisienses y alejadísimos de la austeridad impuesta por Licurgo á Esparta. Pero tuvo que alejarse bien pronto de Francia, porque cayó de la gracia del cardenal de Este; y cayó de la gracia del cardenal de Este porque el príncipe de la poesía era mucho más

católico que el príncipe de la Iglesia. Así es que, apenado por el espectáculo de las discordias religiosas, políticas, civiles de Francia, pintó en una de sus sonoras octavas la nación vestida de negro, como escuálida viuda; todas sus regiones ultrajadas; todas sus razas doloridas; vacante la corona; dispersas y dispendiadas las fortunas; opreso y enfermo el reino; y en la estirpe régia, herido el mejor vástago y su tronco desgajado por el rayo, *e fulminato il tronco*. Y en Francia se daba entonces á mediano poeta, por humilde soneto, riquísima abadía que rentaba diez mil escudos; y el mayor poeta de Italia, para salir de Francia, tenía que pedir prestados tres escudos, uno á cierta dama de su particular amistad y dos á un cofrade fiel y admirador ardentísimo.

Después de tan erudita é incoherente disertación del comentador de Tasso, oída hasta el fin último, con paciencia de mi parte, y con impaciencia de parte del frances, quisimos ambos oyeñtes dirigir algunas observaciones al eterno orador. Yo no pude, pues el frances, más pronto y más resuelto, me ganó por la mano y dijo que el Tasso era incapaz de comprender toda la grandeza de Francia y de apreciar toda su hermosura cuando así maldecía de los franceses; y que no le extrañaba su fin desastrosísimo y su enfermedad cerebral, pues debió estar loco toda su vida, cuan-

do en el tiempo de la matanza de San Bartolomé le parecían poco católicos un rey supersticioso como Carlos IX, una euménide inquisitorial como Catalina de Médicis, un prelado romano como Luis de Este, y un Papa infalible como Gregorio XIII. «Perdon, señor, repuso el italiano con su natural finura, unida á incontestable tenacidad, perdon; pero no hay sino leer á Ranke para convencerse de que Gregorio XIII no era un Papa tan severo y tan creyente como usted cree.»— «No sé lo que sería, ni me importa, replicó el frances; pero lo tengo por más competente en materias dogmáticas que á vuestro poeta. Y en confianza, y pidiéndole su vénia, voy á decirle algo desagradable. La locura contagia, y si no toma usted precauciones, puede contraer la enfermedad de su ídolo. Al fin volvióse loco él por una princesa hermosa y viva; pero tendria poca gracia volverse loco por un poeta fanático y muerto.» Nunca hubiera tocado nuestro interlocutor el tema de la demencia del Tasso. Allí ardió Troya; allí se abrieron de par en par las compuertas de la erudición del comentador, que llevaba en dos dias hablados más de dos volúmenes en fólío acerca del poeta.

«¡Locura! ¡locura! Hablemos de esto, dijo, hablemos, no á la ligera como del viaje á Francia; hablemos largamente. Vuelto el Tasso de su

excursion allende los montes, fué llamado á Ferrara por el espléndido Alfonso II, que le señaló alojamiento de príncipe en su palacio, cátedra de astronomía en su Universidad, y renta de ciento diez francos cincuenta y seis céntimos al mes en su presupuesto, cantidad bien superior á los miserables veintinueve francos mensuales recibidos por el Ariosto en otro tiempo, y celebrados en el cántico décimocuarto de su *Orlando*. Á todos estos cargos reunió el de historiógrafo y secretario del príncipe, mediando entre ambos tal amistad y confianza, que Tasso le dirigia memoriales en verso para pedirle, por ejemplo, una bota de vino del Pausílipo, y en verso le contestaba el magnífico protector al acceder á su demanda, decretar el memorial y regalársela. Siete años duró esta amistad entrañable, siete años de no interrumpida concordia, hasta el día funesto en que hirió á todos la fatal noticia de la extraña reclusion de tan ilustre como desgraciado genio.»

Supongo que habréis ido á Ferrara y que habréis estado á punto de llorar en la estrecha cárcel atribuida por todos á la crueldad de Alfonso II y á la pasion de Torcuato Tasso. Pues acerca de aquel extraño lugar andan divulgadas las mismas exageraciones que acerca de los plomos de Venecia. Entónces pude yo coger la palabra y decir, poco más ó ménos, lo siguiente: «Es ver-

dad, un día el poeta de la duda y de la desesperacion, el genio que dejára su sede en la Cámara de los lores de Inglaterra por la sombra de los pinos de Italia y por los escollos de las costas del Adriático, lord Byron, bello y pervertido como Satanas, en las exaltaciones diabólicas de su inspiracion y en los espasmos febriles de su delirio, llegó á Ferrara, visitó el calabozo henchido por las lágrimas y por los suspiros del poeta mártir, y se estuvo allí encerrado durante dos horas en continúa agitacion, dando paseos desmesuradísimos por aquella jaula, rompiéndose casi la frente en sus paredes, como para absorber todas las tristezas allí amontonadas, y considerar el sol de la prision que palidece al traves de las rejas espesas, el reflejo de la retina ardiente que se clava en la bóveda negra, la huella del cuerpo tendido en la fria losa, el sitio donde apercibian una comida semejante á la podre del sepulcro, las sombras en que los cánticos al amor y las elegías á la amistad se mezclaban á los latigazos de los loqueros crueles y á los horribles gemidos y á las histéricas carcajadas de los locos vecinos; todos los dolores de un cuerpo destrozado por el tormento y todas las penas de un alma herida por la ingratitude y por la injusticia.»

«La visita al oscuro calabozo, añadió el italiano, inspiró á Byron una lamentacion que por

cierto no se parece en nada á las lamentaciones de Jeremías, hueca de tono, exagerada de frase, declamatoria de estilo, vacía de ideas, indigna de las otras obras maestras con que ha honrado su nombre de poeta y ha enriquecido la literatura de nuestro tiempo. Pero lord Byron materialmente perdió su trabajo y su poesía. La madriguera estrecha y oscura, llamada prision del Tasso, no encerró jamas al gran poeta, ó lo encerró por tan breves dias, que en verdad no valia la pena de tantas exageraciones. Fué privado de libertad, si se quiere preso, en el mismo edificio donde señalan los guías su prision, allí, en el hospital de Santa Ana, en el manicomio, pero no en el mismo cuarto donde le hubiera faltado luz y espacio para escribir, como escribió por aquellos dias, cánticos enteros de su poema y diálogos magistrales de su filosofía. El Tasso se vió privado de la amistad de su príncipe, y recluido en lo que hoy suele llamarse á la francesa una casa de salud, y á consecuencia de esto sus lamentos, que, como todos los lamentos del genio, han penetrado en el corazon de la posteridad y lo han herido de mortal dolor. Para explicaros esta desgracia, comenzad por una cosa; por que Tasso padecia ya de esa demencia ingénita á todo exceso de facultades extraordinarias, al exceso de sentimiento y al exceso de imaginacion, á las exaltaciones del carác-

ter y de la idea. Esta exaltacion se agravaba con aprensiones tales, que creia al mundo entero conjurado contra su honor, contra su nombre, contra su vida. La tenacidad de esta aprension llegó á intensísima monomanía. El cardenal de Albano le llamaba en sus amistosas cartas gravemente enfermo, y le pedia con verdaderas instancias que para libertarse de aprensiones y sospechas se dejara purgar por sus médicos, aconsejar por sus amigos y dirigir por sus patronos. Pero Tasso tenía tal horror á la córte, que cuando escribia á las gentes de su mayor confianza les rogaba no empleáran de ninguna manera en él artificios malféficos, ó lo que es igual, artificios cortesanos. Así, consistió la causa primera de su desgracia en el desasosiego con que soportaba su estancia entre los Estes y en el deseo que tenía de partirse á otras ciudades y trabar amistades con otros príncipes. Como hubo papa de aquellos tiempos dispuesto á declarar guerra á vecina república por retener excelso pintor, hubo príncipe capaz de atormentar al sumo poeta por haber querido marcharse á la córte de otro príncipe.

«Á pesar de todo esto, el Tasso tuvo durante su prision habitaciones cómodas; tiempo de vagar sobrado; visitas de príncipes reinantes, como el Duque de Mantua; veraneos en la quinta de la bellissima princesa Marfisa de Este y disertacio-

ciones sobre la naturaleza del amor; regalos de libros como las maravillosas obras de Aldo el joven, que son todavía monumentos de la imprenta; lecturas profundas, como la *Suma Teológica* de Santo Tomás y las *Historias políticas* del cardenal Bembo; consultas que podrian satisfacer su amor propio, como la de Francisco Terzi, grabador celeberrimo, que iba á pedirle consejo sobre ilustraciones y estampas; oro enviado en escudos sonantes y contantes por el Duque de Guastala; ofrendas en los versos del poeta boloñes Julio Segui; satisfacciones en las magníficas estampas trazadas para su poema por Bernardo del Castello; afectos, como la amistad del Padre Angel Grillo, sapientísimo benedictino, el cual se encerraba en la estancia del poeta á departir sobre arte y religion, prefiriendo aquel encierro á todas las libertades y aquel dolor á todos los placeres; y excursiones de carnaval en los bailes indescripibles de Ferrara, imitacion de los tiempos clásicos, donde, vestido de tisú y acompañado de otros gentiles hombres, danzaba, y bromeaba, y bebía hasta caer rendido de gozo y de fatiga.

«Mas era tan pueril, que se atraía la cólera de los carceleros con sus caprichos; tan raro, que se daba por demente con gusto, diciendo que de igual enfermedad padecieron el griego Solon y el romano Bruto; tan cambiante de humor, que

mostraba en pocos momentos excesos de placer y de pena, como de garrulería y de silencio; tan indócil, que no tomaba ninguna medicina desagradable al paladar y olfato; tan cuidadoso de su persona, que disponia para vestir en la reclusion los mejores terciopelos de Génova, y los gorros de dormir más historiados y ricos; tan goloso, que importunaba á sus amigos en demanda de libras de fino azúcar para las ensaladas; tan confiado, que le robaban y despojaban de todo sus domésticos y compinches; tan pedigueño, que reclamaba de sus visitantes hasta las medias de seda que llevaban puestas; tan desgraciado, que los médicos no le cuidaban porque jamas les pagaba las consultas, y lo recibían los tristes hospitales con frecuencia, porque en mil ocasiones no contaba con otra vivienda ni otro abrigo; tan desconocedor de sus aptitudes y facultades, que los escasos recursos recibidos de providenciales herencias los evaporaba en pleitos dañosos á su salud y á su hacienda, á su gloria y á su nombre; tan tímido, que la menor crítica le descorazonaba, precipitándole desde las cimas de un orgullo sin medida, en el abismo de una desesperacion sin límites; desgraciado por todo, especialmente desgraciado por su propio carácter y por la guerra á muerte que se hacía á sí mismo en continuos tormentos.»

« Sacamos, dijo el frances, en limpio dos cosas: primera, que no hubo tal demencia en Tasso, y segunda, que se debió su prision, dulce ciertamente, no á desgracias de amor, á desgracias de córte.»—«Hará unos veinticinco ó treinta años, añadió nuestro italiano, tratóse largamente de las causas de esa prision y de esa locura. Un profesor pisano sostuvo que habia sido encarcelado el Tasso por su pasion á la princesa Leonor, hermana de Alfonso II, y un historiador florentino sostuvo que por haber intentado pasar del servicio de la casa de los Estes al servicio de la casa de los Médicis. Considerable apuesta se propuso entre los dos contendientes, sometida primero al Instituto de Francia y despues á las Academias de Italia, que nunca dictaron la sentencia ni resolvieron el asunto. Y salió un señor con manuscritos de Montpellier, y otro con manuscritos de Roma, y otro con manuscritos de Ferrara, sosteniendo cada cual su version, y alguno la singularísima de que Tasso tuvo amores con las tres hermanas del duque Alfonso de Ferrara y hasta con su mujer doña Bárbara. Lo cierto es que encarándose el poeta con el Duque le dice en magníficos versos: «Puedes arrancarme, poderoso señor, la vida, que tal es de los monarcas el derecho; pero á causa de haber escrito del amor, al cual nos invitan el cielo y la naturaleza, arran-

carne esta razon mia, centella de la divina bondad, no puedes, porque sería el crimen de los crímenes. Te pedí perdon y lo negaste. ¡ Ah! Me arrepiento de haberme arrepentido.» Confesad que el príncipe pecó de sufrido, dada la naturaleza de aquellos rudos tiempos, pues uno de sus parientes, un cardenal, en la misma Ferrara, arrancó los ojos á hermoso mancebo de sangre real, porque su hondo y deslumbrador mirar habia fijado una vez la atención de bella dama. Aparte de todo esto, confesad conmigo que ningun poeta italiano puede compararse con el Tasso en la hermosura de la forma, en la riqueza y armonía de la lengua, en la dulzura de los versos, en la correccion del estilo, en el encanto de la rima, en la viveza de los sentimientos, en la severa majestad del conjunto de sus obras, en la sobria sencillez, verdadera señal de la mezcla feliz del gusto con el genio.»

Confesaré cuanto querais, dije yo al entusiasta defensor del Tasso; pero le creo poeta de decadencia, á pesar de pertenecer, por su estilo, á los tiempos de la más clásica y más consumada perfeccion literaria. Poeta que no presiente en su corazon y no adivina en su inteligencia y no se anticipa á su tiempo, carece para mí de la facultad esencialísima al genio; carece del dón de profecía. Cuando os abismais en los profundos senos de la

epopeya católica; cuando recorreis la sátira maravillosa que ha enterrado la caballería feudal; cuando asistís á *La Vida es sueño*, de nuestro genio dramático, y á *El Hipócrita*, del genio cómico francés, lo que más hiere vuestro ánimo y lo transporta, aparte del sentimiento y del arte, está en las mágicas y sobrenaturales intuiciones de lo porvenir. Pero un poeta cortesano que pasa su vida mendigando, de puerta en puerta, el favor de los príncipes y cardenales; más papista que el férreo papa Pío V; más monárquico que el siniestro monarca Carlos IX; exaltado hasta aplaudir las persecuciones y las guerras religiosas; impasible ante la carnicería de la trágica noche de San Bartolomé; un poeta así, no siembra ninguna de esas ideas, ni despierta ninguno de esos afectos que vienen á ser como los hilos misteriosos con los cuales se teje la urdimbre de la vida y se prepara á la iniciación del progreso el espíritu de las generaciones por venir. El Dante hiere en lo vivo, profundiza en el abismo, sorprende el secreto de aquellas sus edades, eleva la conciencia en el altar de lo eterno, como una hostia consagrada; tiene con los dolores profundos y las adivinaciones sobrenaturales toda la colosal grandeza de los profetas hebraicos, de Isaías y Jeremías, los cuales, valiéndose de los símbolos y de la lengua de lo pasado, fulguran el alma y el pensamiento de ge-

neraciones todavía perdidas en la nada, pero evocadas ya de las sombras, y prontas á entrar en la existencia, merced á este soplo creador que ha pasado por el abismo de los tiempos como un llamamiento de la eternidad. El Ariosto mismo, lleno de gracia y de vida, ébrio de pensamientos, exaltado de pasiones; con aquella risa que roba á la alegría clásica, con aquella vena de invención que agota las fuerzas creadoras del genio, con aquella selva de ideas que produce en el suelo manchado de torvo feudalismo; burlándose de las instituciones más fuertes y de las leyes más admitidas; abriendo el cielo encantado de su mágica invectiva al delirio de los sentidos despiertos tras tantos siglos de sueños místicos, personifica, medio pagano y medio cristiano, en aquellas orgías de su inspiración y en aquella pascua de universal regocijo, toda la grandeza del Renacimiento.

Al revés, el Tasso canta un hecho, la toma de Jerusalem, que conmovió á Europa en el siglo undécimo y en el siglo duodécimo, pero completamente ajeno á su tiempo, y mucho más á los tiempos posteriores. ¡Guárdeme Dios de ignorar ó desconocer toda la belleza contenida en el gran movimiento religioso que levanta nuestras razas occidentales, aisladas por el feudalismo, y las junta y las arroja sobre el Oriente. Al convertir há-